*Según les contaron a los más longevos habitantes, de aquel recóndito pueblecico situado en la ladera de un monte del Sistema Ibérico, hace muchos, muchos años se sucedieron los sobrecogedores sucesos que se narran en estas líneas...*

 En la lóbrega estancia una tenue iluminación, propiciada por la mecha de un candil de aceite, proyectaba contra las paredes las desdibujadas sombras de aquellos cinco hombres, envueltos en una espesa nube de humo, que emanaba de sendos cigarrillos que parecieran danzar al son de sus broncas conversaciones.

Ya era bien entrada la noche y el frío se filtraba por las rendijas de la desvencijada ventana, mas los presentes parecían no darse cuenta de ello y continuaban absortos en el juego. Sentados ante aquella mugrienta mesa, contemplaban con torva avidez sus cartas y de cuando en cuando, vaciaban de un trago el vino de sus manoseados vasos.

La partida estaba en su punto álgido, y la tensión acumulada, parecía que iba a hacer saltar chispas de un momento a otro. Un montón de arrugados billetes se acumulaba en el centro, frente a ellos y tras mostrar todos sus cartas, el llamado Lucrecio de aspecto rechoncho y hosco, al que apodaban “el cuervo”, por sus ojuelos pequeños y hundidos y su encorvada nariz, así como por ser demasiado “amigo de lo ajeno”, atrajo hacia sí con avidez todos los billetes, al tiempo que profería hilarantes y exageradas carcajadas hacia los demás jugadores y les vociferaba con sorna:

-Habéis perdido otra vez, dejadlo o vais a quedaros hasta sin camisa…

Tres de los aludidos enfadados, arrastraron hacia atrás sus sillas de desgastada anea.

-¡No jugamos más!-exclamaron.

 Sin embargo, Cipriano de tez cetrina, rostro enjuto, barba cerrada de varios días y de complexión alta y fuerte al que nunca faltaba su eterna boina enroyecida por el tiempo, se mantuvo pegado a la mesa con los ojos encendidos por la excitación del momento; había en ellos un brillo especial que aquellos jugadores conocían demasiado bien.

-No te vas a ir así con mi dinero-dijo resuelto- Tienes que darme la revancha. Algo me dice aquí-y señalaba su desgreñada frente- que la suerte va a cambiar de mano. Juguémoslo todo a una carta tú y yo-propuso.

- Calla” desgraciao”, ya te has jugado bastante, más te vale pagarme todo lo que me debes desde hace tiempo o… ¿Quieres jugarte también tu traje de pana y tus marianos…?-rió de nuevo con sorna el ganador, mientras aplastaba la colilla del cigarro en su vaso vacío.

-Trae lápiz y papel- casi ordenó al tabernero el perdedor- y lo arreglamos entre tú y yo, Lucrecio.- Trajo raudo el mencionado lo que se le pedía y obedeciendo al gesto de Cipriano, lo depositó ante el más viejo de los jugadores. A continuación conminó a este, agitado por el fuego que le consumía: - escriba usted que sabe, señor alcalde.

 El interpelado tomó el lapicero de mala gana y mojándolo en su propia saliva, fue plasmando en aquel papel de estraza, las entrecortadas palabras que le venía dictando su interlocutor. El escrito fue tomando cuerpo, conforme se deslizaba sobre él la húmeda tinta apenas legible de la mina. Con gesto perplejo, el señor alcalde terminó el encargo.

-¿Estás seguro de lo que haces? preguntó a Cipriano.

Y es que en el susodicho documento manifestaba, ni más ni menos: “que se jugaba su casa, sus tierras, sus mulos y sus otros animales, amén del cerdo cuya matacía estaba dispuesta para esa misma madrugada; contra toda la deuda contraída con Lucrecio, amén de los billetes que permanecían sobre la mesa”.

El cuarto testigo de la escena que era el cura, con su amplio rostro y su oronda figura cubierta de negra sotana, se santiguaba repetidamente como si quisiera ahuyentar al diablo, balbuceando su retahíla de ininteligibles plegarias; y el quinto jugador, el médico, parecía haber encogido y enflaquecido más de lo que era habitual en él, mientras observaba la escena con lividez enfermiza en su rostro.

-Calma, calma –balbuceo este último- Vámonos a casa, rompamos este escrito y dejemos las cosas como están. Mañana será otro día.

Pero la avaricia brillaba en los ojos de Lucrecio mientras tentaba a Cipriano.

- No serás capaz de “jugátelo” todo, no tienes lo que hay que tener…

 El increpado se levantó de un salto y acercándose desafiante, cogió el mazo de cartas y lo dejó caer de golpe en la mesa, frente al sacerdote.

-Baraje usted, “mosén”, que es la mano más inocente. Y el que saque la carta más alta se lleva todo lo que está escrito en el papel -¡Traiga usted! -Y chupando de nuevo la mina del lápiz, estampó presto un enmarañado garabato sobre el improvisado documento y lo mismo hicieron Lucrecio y a su pesar, el cura, el médico y el alcalde, en calidad de testigos.

 - Lo firmado, firmado está.- se ratificó Cipriano con el rostro desencajado- Mi palabra va a misa. A ver si ahora el que tiene miedo de perder eres tú...fanfarrón.

Barajó las cartas el cura tembloroso, y a continuación se hizo un silencio sepulcral en torno a los cinco hombres… todos contuvieron el aliento. Tan solo la parpadeante llama de la mecha del candil, parecía cobrar vida en la estancia. En un impulso, levantó la primera carta Cipriano y muy excitado, la miró mostrándola después lentamente a los demás… era el Rey de Espadas. Todos convinieron que tenía una buena baza. Y un tanto tembloroso, llegó el turno de Lucrecio, tomó ante la expectante mirada de todos, el siguiente naipe y cerrando los ojos, la enseñó sin verla, advirtiendo al momento el murmullo de asombro que inundaba a los presentes. Su mano enseñaba nada menos que... el As de Oros, “el Orete”…

-¡He ganado, he ganado todo!-saltaba de contento- despídete de tu hacienda.- Y a grandes carcajadas, espetó- ya puedes suspender el “mata-puerco” de mañana. Ahora mismo vamos a tu casa y me llevo tu cerdo a la mía, que es donde debe estar.

Cipriano dio un furioso golpe en la mesa que hizo volar por los aires las cartas y los billetes, mientras Lucrecio se afanaba en recoger estos últimos con avidez babeante. Una vez metidos a puñados en sus bolsillos, también tomó decididamente de la mesa el comprometido documento.

-No seas así hombre. -intercedió el cura a favor del infortunado.- Un momento de debilidad puede a cualquiera. Tiene cuatro bocas que alimentar, por favor Lucrecio; no los dejes en la miseria. Olvida el papel, llévate el dinero que has ganado y ya te pagará, ten paciencia…aquí no ha pasado nada. Solo es un juego.

-Ni juego, ni nada, la palabra es la palabra. Que lo hubiera pensado antes, añadió con torva mirada el ganador de la apuesta.

Cipriano lo miraba apretando fuertemente los dientes y los puños, con furia contenida. Se daba cuenta de que estaba en la miseria, y lo peor era que su mujer y sus tres hijos también sufrirían las consecuencias. Pero la palabra era la palabra y no podía faltar a ella. ¿O sí…?

- Me voy a casa. -dijo cabizbajo- Ven a por el cerdo, es tuyo- y se marchó.

Cuando llegó a su vivienda, entró en la cuadra donde sus dos mulos dormitaban de pie y se sentó en un poyo de carcomida madera, al tiempo que escondía el desencajado rostro entre sus manos. Se sentía el más vil gusano de la tierra. No tenía fuerzas de presentarse ante su familia y contarles lo sucedido esa fatídica noche. No podían perder aquello que con tanto sudor y lágrimas habían conseguido… “Quizás si desapareciera yo, Lucrecio se apiadaría, me perdonaría la deuda y dejaría en paz a mi familia”-pensó… en ese punto, tomó un largo cabo de cáñamo y trepando a una escalera, lo pasó por la argolla que pendía de una fornida viga del techo, se subió al borde del pesebre y haciendo un lazo corredizo lo pasó alrededor de su cuello y lo ajustó temblando de miedo. Mas… un nuevo pensamiento se abrió paso en las brumas de su atormentado cerebro.” Conociendo la avaricia y malevolencia de Lucrecio, ¿Quién le aseguraba que muerto él, éste no cobrara la deuda de juego a su familia? Y, ¿quién iba a alimentar y cuidar de ella entonces?” Y en este punto, se arrancó con resolución el improvisado dogal y de un salto pisó el mullido suelo cubierto de estiercol.

Cipriano era un sencillo hombre de campo, trabajador y honrado como el que más, pero cuando tenía una baraja delante, se transformaba en otro y un impulso irrefrenable de jugar, se apoderaba de él. Se había prometido una y otra vez que esa sería la última que jugaba, pero siempre volvía a las andadas y lo de esa noche había colmado el vaso. Se puso a llorar amargamente, arrepentido; se sentía un pobre desgraciado. Tenía que solucionar las cosas como fuera. Miró a su alrededor, y vio un grueso leño apoyado en la descorchada pared, entrecerró los ojos y agarrándolo con fuerza, una tenebrosa idea comenzó a abrirse camino en su embotado cerebro…” Si desapareciera Lucrecio, todo se arreglaría. Su familia y él mismo estarían a salvo de la ruina y la miseria que les aguardaba; sería como si la partida y el documento firmado nunca hubieran existido. Y el tiempo lo borraría todo…” y con esta tétrica idea salió sigiloso y se colocó expectante, envarado todo su cuerpo junto a la puerta que daba a la calle, en espera de la llegada de su ahora más encarnecido enemigo. Sacó del bolsillo su vieja petaca y con dedos temblorosos se lío un cigarrillo, para “matar” el tiempo, hasta que llegara Lucrecio a por el cerdo según lo convenido hacía un rato.

La figura rechoncha de éste se perfiló por fin, al doblar la última esquina que le separaba de la casa de Cipriano y este vio su arrebolado rostro levemente iluminado por la lucecita del cigarro que también pendía de la comisura de sus labios… Vengo por el cerdo, -habló con sorna al acercarse a él- y dile a tu mujer que si quiere, venga a mi casa con todo a hacer el “mondongo”, ya que lo tendría preparado para hoy y es una pena que se pierda. Ya se os dará alguna morcilla y demás para que lo probéis-y soltó una gran carcajada.

¡Calla!-le conminó Cipriano con los ojos encendidos, mientras con estudiada calma aplastaba su cigarro contra la pared- ¡Pasa a por él de una vez¡

Con paso resuelto el visitante lo siguió hasta el corral donde se encontraban la cuadra y la choza del cerdo. Ahí lo tienes… y le abrió la semi-puerta de arriba para que lo contemplara. --Sí que está bien cebado el cochino; por lo menos pesará cien kilos… ¡aún vale! tenemos comida mi familia y yo para todo el año…-y se frotó las manos de satisfacción.

El odio y la furia de Cipriano se iban incrementando ante sus desacertados comentarios y abriendo la puerta de la cuadra, tomó el grueso palo que tenía reservado y acercándose por detrás, le asestó un certero golpe en la cabeza, que sonó con un chasquido de huesos rotos. La víctima cayó al suelo envuelto en terribles espasmos y el agresor continúo golpeándole repetidamente con furia incontenida, uno, dos, tres…, veinte…. ya había perdido la cuenta, cuando se detuvo al escuchar los resoplidos asustados de sus bestias.

 La víctima permanecía inerte sobre un gran charco de sangre, que iba empapándose en el estiércol que cubría el corral. Al contemplar la macabra escena, se echó las manos a la cabeza como si de pronto, despertara de una pesadilla y se apercibiera de lo que había hecho.

 “Sin embargo, no era tiempo de lamentaciones, sino de actuar”. Arrastró por los brazos el infortunado cadáver de Lucrecio a través del corral y sacándolo por la puerta que daba al huerto, se fue acercando poco a poco hasta el viejo pozo…al llegar, retiró con las manos las punzantes zarzas y demás abrojos que lo cubrían y apoyándose en el brocal, intentó divisar su tenebroso fondo a unos seis u ocho metros de profundidad. Estaba apenas cubierto por una gruesa capa de barro y algunos hierbajos que habían arraigado allí. Con gran esfuerzo, arrojó el cadáver que fue rebotando por las paredes hasta llegar al suelo con un sordo chasquido. Después, con sus manos ensangrentadas y heridas, recolocó de nuevo como pudo la maleza.” Nadie se daría cuenta de nada en mucho tiempo”.-pensó aliviado.

Su ajado traje de pana aparecía empapado de sangre y un reguero de la misma se extendía desde el corral hasta el pozo, como mudo testigo del terrible crimen. Cipriano a continuación, sacrificó el cordero que tenía destinado a tal fin, eligiendo el mismo lugar en que había agredido a Lucrecio, para mimetizar al menos en parte, su sangre con la del animal, luego con una azada fue cubriendo con estiercol la estela sanguinolenta que había dejado el arrastre del cuerpo. “Él había hecho lo único que podía hacer, dadas las circunstancias” -racionalizó- y fue a lavarse en un cubo que había en el corral. Luego se sentó en un tosco tronco y miró la luna llena y las últimas estrellas que tachonaban el cielo. El azul de la madrugada, iba desplazando poco a poco aquella luctuosa noche. Tan solo el canto del gallo osaba penetrar aquel sepulcral silencio.

“Tenía que recuperar fuerzas -pensaba asintiendo- ese día iba a ser largo, muy largo…y por supuesto, nada debería trascender acerca de lo sucedido allí aquella terrible noche”.

Pasó la jornada acarreando agua de la fuente, azuzando el fuego y colaborando en otras labores de la matacía del cerdo, y también aguantando las conversaciones insustanciales de las mondongueras y los gritos interminables de los niños. Se le hizo eterno el tiempo y al llegar la noche, cayó rendido junto a su mujer, que no había dejado de observarle a hurtadillas durante todo el día, intuyendo como solo saben hacer las mujeres, que algo grave le sucedía a su marido. Pero agotada como estaba, optó por dejar la conversación para otro momento, le dio un beso en la mejilla, se volvió de espaldas y esperó que el sueño la inundara poco a poco. Mañana le aguardaba otro día tan laborioso o más que el de hoy.

Apenas se había dormido el marido, cuando se despertó sobresaltado y sudoroso. Se escuchaba el viento ululando al cortarse contra los aleros del tejado de la casa, el portear estridente de aquellos vetustos postigos y a lo lejos, percibió el gruñido de la zorra que de seguro, olfateaba además del rastro de Lucrecio, la sangre caliente de sus gallinas, esperando un descuido de los perros, para entrar en el corral y darse un festín, a costa de ellas.

 De pronto sintió un golpeteo seco en el cristal de la ventana y como unos arañazos en el mismo. Se acercó cauteloso, temblando de miedo y miró inconscientemente hacia el viejo pozo que se divisaba desde allí. Junto a él, le pareció ver una sombra negra, rechoncha cuya nariz aguileña se perfilaba en su ancha y regordeta cara. Se restregó los ojos al instante, con el terror plasmado en su rostro y al abrirlos, le pareció reconocer la inquietante figura de Lucrecio que con su lívida frente apoyada en los cristales de la ventana le miraba desde las hundidas cuencas de sus ojos vacíos, mientras de su boca abierta de par en par, oscura y tenebrosa como una profunda caverna, salían unas estentóreas palabras: -¡Ven… ven¡- y le tendía la nervuda mano en la que sostenía… el pedazo de papel de estraza escrito y tachonado de sendas manchas de sangre seca.

A Cipriano se le volteó el corazón. Era sin duda el documento que había firmado la noche anterior; lo identificó enseguida, y preso del pánico, siguió al espectro hacia el pozo del huerto adonde se dirigía, intentando cogerlo. Ya casi habían llegado allí, cuando de pronto, una densa nube de humo negro los envolvió y al disiparse, contempló horrorizado que este había desaparecido, como si se lo hubiese tragado la tierra. Buscó entre la maleza que cercaba y cubría el pozo y se cercioró de que permanecía tal cual él mismo la había dejado la noche anterior. Aún así, le acometieron serias dudas acerca de si continuaría todavía allí el cuerpo de su víctima. Es por ello que sin importarle lastimarse de nuevo con las zarzas y demás, las fue apartando ansiosamente con sus manos y después, lleno de terror, miró al fondo e intentó habituar sus ojos a él. Se respingó cuanto podía sobre sus pies, apoyado su trémulo cuerpo en el brocal, mientras intentaba desesperado ver su interior. Pero fue inútil. No distinguía nada entre aquella profunda negrura que parecía atraerle con inusitada fuerza hacia el fondo.

De pronto, el hombre sintió un leve rumor a su espalda, y un gélido aliento le rozó la nuca; entonces al volver su desencajado rostro, horrorizado contempló de nuevo tras él la horripilante aparición y un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, helándole la sangre. Entonces, las huesudas manos de ésta se posaron como garfios en su espalda, al tiempo que liberaban el documento, que fue caracoleando hacia el fondo.

-¡Ve a por él¡ –le ordenó con cavernosa voz, al tiempo que le propinaba un tremendo empujón que le lanzaba hacia el abismo de aquel maldito pozo.

Su pesado cuerpo fue golpeando las paredes, yendo a parar justo encima del cadáver de su víctima, que parecía aguardarle con los brazos abiertos en cruz. El infortunado Cipriano con un hilo de vida todavía, vio con estupor, como las mandíbulas del que fuera su víctima se abrían y cerraban varias veces, a modo de sordas carcajadas. Luego sintió que los brazos de ésta se cerraban como un férreo cepo alrededor de su pecho, hasta que sus costillas crujieron y se incrustaron contra su corazón.

Mientras huía de su maltrecho cuerpo el último hálito de vida que le quedaba, su postrero aliento, impulsó hacia arriba el documento que se había posado sobre ambos y cual ave de mal agüero, este salió volando y quedó ensartado en las zarzas como mudo testigo de que allí, fundidos en un sarcástico abrazo de muerte, permanecían: víctima y verdugo, protagonistas ambos de esta luctuosa historia…